

Robert Louis Stevenson

La Isla de las
Voces

E LEJANDRIA



Robert Louis Stevenson

La Isla de las
Voces

ELEJANDRIA

LA ISLA DE LAS VOCES

ROBERT LOUIS STEVENSON

1893

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO

¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

KEOLA se casó con Lehua, hija de Kalamake, el sabio Molokai, y mantuvo su morada con el padre de su esposa. No había hombre más astuto que ese profeta; leía las estrellas, podía adivinar por los cuerpos de los muertos, y por los medios de las criaturas malignas: podía ir solo a las partes más altas de la montaña, a la región de los duendes, y allí ponía trampas para atrapar a los espíritus de los antiguos.

Por esta razón, ningún hombre era más consultado en todo el Reino de Hawai. La gente prudente compraba, vendía y se casaba, y se jugaba la vida por sus consejos; y el Rey le hizo ir dos veces a Kona a buscar los tesoros de Kamehameha. Tampoco había hombre más temido: de sus enemigos, algunos habían menguado en la enfermedad por la virtud de sus encantamientos, y otros habían sido espirados, la vida y la arcilla ambos, de modo que la gente buscaba en vano tanto como un hueso de sus cuerpos. Se rumoreaba que tenía el arte o el don de los antiguos héroes. Los hombres lo habían visto por la noche en las montañas, pasando de un acantilado a otro; lo habían visto caminar por el bosque alto, y su cabeza y sus hombros estaban por encima de los árboles.

Este Kalamake era un hombre extraño de ver. Procedía de la mejor sangre de Molokai y Maui, de ascendencia pura; y, sin embargo, era más blanco a la vista que cualquier extranjero; su pelo era del color de la hierba seca, y sus ojos rojos y muy ciegos, de modo que "Ciego como Kalamake, que puede ver a través de mañana", era un refrán en las islas.

De todas estas acciones de su suegro, Keola sabía un poco por la reputación común, un poco más que sospechaba, y el resto lo ignoraba. Pero había una cosa que le preocupaba. Kalamake era un hombre que no escatimaba en nada, ni en comida, ni en bebida, ni en ropa; y por todo ello pagaba en dólares nuevos y brillantes. "Brillantes como los dólares de Kalamake", era otro dicho en las Ocho Islas. Sin embargo, no vendía, ni plantaba, ni aceptaba alquileres -sólo de vez en cuando de sus hechicerías- y no había fuente concebible para tanta moneda de plata.

Un día, la esposa de Keola fue a visitar a Kaunakakai, en el lado de sotavento de la isla, y los hombres salieron a pescar al mar. Pero Keola era un perro ocioso, y se quedó tumbado en la veranda observando cómo las olas

golpeaban la orilla y los pájaros volaban por el acantilado. Su pensamiento principal era siempre el de los dólares brillantes. Cuando se acostaba se preguntaba por qué eran tantos, y cuando se despertaba por la mañana se preguntaba por qué eran todos nuevos; y la cosa nunca se le iba de la cabeza. Pero este día, de entre todos los días, se aseguró en su corazón de algún descubrimiento. Porque parece que había observado el lugar donde Kalamake guardaba su tesoro, que era un escritorio con cerradura contra la pared del salón, bajo la estampa de Kamehameha quinto, y una fotografía de la reina Victoria con su corona; y parece también que, a más tardar la noche anterior, encontró ocasión de mirar dentro, y ¡he aquí! la bolsa yacía allí vacía. Y ese era el día del vapor; podía ver su humo frente a Kalaupapa; y pronto llegaría con las mercancías de un mes, salmón en lata y ginebra, y toda clase de lujos raros para Kalamake.

"Ahora bien, si puede pagar sus mercancías hoy mismo", pensó Keola, "sabré con certeza que el hombre es un brujo, y que los dólares salen del bolsillo del Diablo".

Mientras pensaba así, apareció su suegro detrás de él, con cara de fastidio.

"¿Es ese el vapor?", preguntó.

"Sí", dijo Keola. "No tiene más que hacer una escala en Pelekunu, y luego estará aquí".

"No hay ayuda entonces", respondió Kalamake, "y debo tomarte en confianza, Keola, a falta de alguien mejor. Ven aquí dentro de la casa".

Así que entraron juntos en el salón, que era una habitación muy bonita, empapelada y colgada con grabados, y amueblada con una mecedora, una mesa y un sofá de estilo europeo. Además, había una estantería con libros y una Biblia familiar en medio de la mesa, y el escritorio con cerradura contra la pared, de modo que cualquiera podía ver que era la casa de un hombre de categoría.

Kalamake hizo que Keola cerrara los postigos de las ventanas, mientras él mismo cerraba todas las puertas y abría la tapa del escritorio. De allí sacó un par de collares con amuletos y conchas, un manojo de hierbas secas, hojas secas de árboles y una rama verde de palmera.

"Lo que voy a hacer -dijo- es algo que no tiene nada de asombroso. Los hombres de antaño eran sabios; hacían maravillas, y ésta entre las demás; pero eso era de noche, en la oscuridad, bajo las estrellas en forma y en el desierto. Lo mismo haré yo aquí en

"MIENTRAS PENSABA ASÍ, ESTABA SU SUEGRO DETRÁS DE ÉL, CON CARA DE DISGUSTO".

mi propia casa, y bajo la simple mirada del día". Al decir esto, puso la Biblia bajo el cojín del sofá para que quedara toda cubierta, sacó del mismo lugar una estera de una textura maravillosamente fina, y amontonó las hierbas y las hojas sobre la arena en una bandeja de hojalata. Luego él y Keola se pusieron los collares y se colocaron en las esquinas opuestas de la estera.

"Ha llegado el momento", dijo el brujo; "no tengas miedo".

Con esto, prendió fuego a las hierbas, y comenzó a murmurar y a agitar la rama de palma. Al principio la luz era tenue a causa de los postigos cerrados; pero las hierbas se incendiaron con fuerza, y las llamas golpearon a Keola, y la habitación resplandeció con la combustión; y a continuación el humo se elevó e hizo que su cabeza nadara y sus ojos se oscurecieran, y el sonido del murmullo de Kalamake corrió por sus oídos. Y de repente, a la estera en la que estaban parados llegó un arrebato o sacudida, que parecía ser más veloz que un rayo. En el mismo guiño la habitación había desaparecido, y la casa, el aliento todo golpeado del cuerpo de Keola. Volúmenes de sol rodaron sobre sus ojos y su cabeza, y se encontró transportado a una playa del mar, bajo un fuerte sol, con un gran oleaje rugiendo: él y el brujo de

pie allí en la misma estera, sin palabras, jadeando y agarrándose el uno al otro, y pasando las manos ante sus ojos.

"¿Qué ha sido esto?", gritó Keola, que acudió a sí mismo el primero, por ser el más joven, "La punzada fue como la muerte".

"No importa", jadeó Kalamake. "Ya está hecho".

"Y, en nombre de Dios, ¿dónde estamos?", gritó Keola.

"Esa no es la cuestión", respondió el hechicero. "Estando aquí, tenemos un asunto en nuestras manos, y del que debemos ocuparnos. Ve, mientras recupero el aliento, a los límites del bosque, y tráeme las hojas de tal o cual hierba, y de tal o cual árbol, que encontrarás que crecen allí en abundancia: tres puñados de cada una. Y date prisa. Debemos volver a casa antes de que llegue el vapor; parecería extraño que hubiéramos desaparecido". Y se sentó en la arena y jadeó.

Keola subió a la playa, que era de arena brillante y coral, sembrada de singulares conchas; y pensó en su corazón

"¿Cómo no conozco esta playa? Volveré aquí a recoger conchas".

Frente a él había una hilera de palmeras contra el cielo; no como las palmeras de las Ocho Islas, sino altas y frescas y hermosas, y colgando



LAS HIERBAS SE INCENDIARON FUERTEMENTE, Y LAS LLAMAS GOLPEARON A KEOLA".

los abanicos marchitos como el oro entre el verde, y pensó en su corazón...

"Es extraño que no haya encontrado este bosquecillo. Vendré aquí de nuevo, cuando haga calor, para dormir". Y pensó: "¡Qué calor ha hecho de repente!" Porque era invierno en Hawai, y el día había sido frío. Y pensó también: "¿Dónde están las montañas grises? ¿Y dónde está el alto acantila-

do con el bosque colgante y los pájaros que giran?" Y cuanto más consideraba, menos podía concebir en qué barrio de las islas se encontraba.

En el límite de la arboleda, donde se encontraba con la playa, crecía la hierba, pero el árbol estaba más atrás. Ahora, cuando Keola se dirigía hacia el árbol, se percató de la presencia de una joven que no llevaba nada en el cuerpo más que un cinturón de hojas.

"¡Bueno!", pensó Keola, "no son muy exigentes con su vestimenta en esta parte del país". Y se detuvo, suponiendo que ella le observaría y escaparía; y viendo que ella seguía mirando hacia delante, se puso de pie y tarareó en voz alta. Al oír el sonido, ella se levantó de un salto. Su rostro era ceniciento; miraba a un lado y a otro, y su boca se abría con el terror de su alma. Pero era extraño que sus ojos no se posaran en Keola.

"Buenos días", dijo él. "No tienes que estar tan asustada, no te comeré". Y apenas había abierto la boca cuando la joven huyó hacia la maleza.

"Estos son extraños modales", pensó Keola. Y, sin pensar lo que hacía, corrió tras ella.

Mientras corría, la muchacha seguía llorando con un lenguaje que no se practicaba en Hawái, aunque algunas de las palabras eran las mismas, y él sabía que seguía llamando y avisando a los demás. Y en ese momento vio a más gente corriendo: hombres, mujeres y niños, unos junto a otros, todos corriendo y llorando como gente en un incendio. Y con eso empezó a tener miedo, y regresó a Kalamake trayendo las hojas. A él le contó lo que había visto.

"No debes hacer caso", dijo Kalamake. "Todo esto es como un sueño y sombras. Todo desaparecerá y será olvidado".

"Parecía que nadie me había visto", dijo Keola.

"Y nadie lo hizo", respondió el hechicero. "Caminamos aquí, bajo el amplio sol, invisibles a causa de estos encantos. Sin embargo, nos oyen, y por eso es bueno hablar en voz baja, como hago yo".

Con esto hizo un círculo alrededor de la estera con piedras, y en medio puso las hojas.

"Te tocará a ti", dijo, "mantener las hojas encendidas y alimentar el fuego lentamente. Mientras arden (que es sólo por un momento) yo



"ATRÁS", GRITÓ KEOLA, "ATRÁS". LAS HOJAS ESTÁN A PUNTO DE ACABARSE".

Debo cumplir mi encargo; y antes de que las cenizas se ennegrezcan, el mismo poder que nos trajo nos lleva. Prepárate ahora con el fósforo; y llámame a tiempo, no sea que las llamas se apaguen y me queden abandonadas".

En cuanto las hojas se prendieron, el hechicero saltó como un ciervo fuera del círculo, y comenzó a correr por la playa como un sabueso que se ha bañado. Mientras corría, no dejaba de agacharse para coger conchas; y a Keola le pareció que éstas brillaban mientras las cogía. Las hojas ardían con una llama clara que las consumía rápidamente; y al poco tiempo a Keola

sólo le quedaba un puñado, y el hechicero estaba muy lejos, corriendo y deteniéndose.

"¡Atrás!", gritó Keola. "¡Atrás! Las hojas están a punto de acabarse".

En ese momento Kalamake se volvió, y si antes había corrido, ahora voló. Pero a medida que corría, las hojas ardían más rápido. La llama estaba a punto de extinguirse cuando, con un gran salto, saltó sobre la estera. El viento de su salto la apagó, y con ello la playa desapareció, y el sol y el mar; y volvieron a estar en la penumbra del salón con postigos, y una vez más fueron sacudidos y cegados; y en la estera, entre ellos, había un montón de dólares brillantes. Keola corrió hacia los postigos, y allí estaba el barco de vapor sacudiéndose en el oleaje cercano.

Esa misma noche, Kalamake apartó a su yerno y le dio cinco dólares en la mano.

"Keola", dijo, "si eres un hombre sabio (cosa que dudo) pensarás que has dormido esta tarde en la veranda, y que has soñado mientras dormías. Soy un hombre de pocas palabras, y tengo por ayudantes a personas de corta memoria".

Nunca más dijo Kalamake una palabra, ni volvió a referirse a aquel asunto. Pero en la cabeza de Keola corría todo el tiempo: si antes era perezoso, ahora no haría nada.

"¿Por qué debería trabajar", pensó, "cuando tengo un suegro que gana dólares con las conchas marinas?".

Al poco tiempo, se gastó su parte. Lo gastó todo en ropa fina. Y entonces se arrepintió:

"Porque", pensó, "habría hecho mejor en comprar una concertina, con la que podría haberme entretenido todo el día". Y entonces empezó a enfadarse con Kalamake.

"Este hombre tiene el alma de un perro", pensó. "¡Puede recoger dólares cuando le plazca en la playa, y me deja suspirando por una concertina! Que tenga cuidado: no soy un niño, soy tan astuto como él, y guardo su secreto". Con esto habló a su esposa Lehua, y se quejó de los modales de su padre.

"Yo dejaría a mi padre en paz", dijo Lehua. "Es un hombre peligroso con el que hay que cruzarse".

"¡Eso me importa a mí!", gritó Keola; y chasqueó los dedos. "Le tengo cogido por la nariz. Puedo hacer que haga lo que quiera". Y le contó a Lehua la historia.

Pero ella negó con la cabeza.

"Puedes hacer lo que quieras", dijo, "pero tan seguro como frustras a mi padre, no se sabrá más de ti. Piensa en esta persona, y en aquella otra; piensa en Hua, que era un noble de la Cámara de Representantes, y que iba a Honolulu todos los años; y no se encontró ni un hueso ni un pelo de él. Recordad a Kamau, y cómo se consumió hasta quedar en un hilo, de modo que su mujer lo levantó con una mano. Keola, eres un bebé en manos de mi padre; te tomará con el pulgar y el dedo y te comerá como a un camarón".

Ahora Keola tenía verdadero miedo de Kalamake, pero también era vanidoso; y estas palabras de su esposa lo indignaron.

"Muy bien", dijo, "si eso es lo que piensas de mí, te demostraré cuánto te engañas". Y fue directamente a donde su suegro estaba sentado en el salón.

"Kalamake", dijo, "quiero una concertina".

"¿Ah, sí?" dijo Kalamake.

"Sí", dijo él, "y puedo decírtelo claramente, quiero tenerla. Un hombre que recoge dólares en la playa puede ciertamente permitirse una concertina".

"No tenía idea de que tuvieras tanto espíritu", respondió el hechicero. "Pensé que eras un muchacho tímido e inútil, y no puedo describir lo mucho que me complace descubrir que estaba equivocado. Ahora empiezo a pensar que puedo haber encontrado un asistente y sucesor en mi difícil negocio. ¿Una concertina? Tendrá la mejor de Honolulu. Y esta noche, en cuanto oscurezca, tú y yo iremos a buscar el dinero".

"¿Volvemos a la playa?", preguntó Keola.

"¡No, no!" respondió Kalamake; "debes empezar a aprender más de mis secretos. La última vez te enseñé a recoger conchas; esta vez te enseñaré a pescar. ¿Eres lo suficientemente fuerte como para botar la barca de Pili?"

"Creo que sí", respondió Keola. "Pero, ¿por qué no vamos a coger el tuyo, que ya está a flote? "

"Tengo una razón que entenderás perfectamente antes de mañana", dijo Kalamake. "El barco de Pili es el más adecuado para mi propósito. Así que, si te parece, reunámonos allí tan pronto como oscurezca; y mientras tanto, mantengamos nuestro propio consejo, pues no hay motivo para dejar que la familia se meta en nuestros asuntos."

La miel no es más dulce que la voz de Kalamake, y Keola apenas pudo contener su satisfacción.

"Podría haber tenido mi concertina hace semanas", pensó, "y no se necesita nada en este mundo más que un poco de valor".

Poco después vio a Lehua llorando, y estuvo a punto de decirle que todo estaba bien.

"Pero no", pensó, "esperaré hasta que pueda enseñarle la concertina; entonces veremos lo que hace el chit. Tal vez en el futuro comprenda que su

marido es un hombre inteligente".

Tan pronto como oscureció, padre y yerno botaron la barca de Pili y zarparon. Había un gran mar, y soplaba fuerte a sotavento; pero la barca era rápida, ligera y seca, y rozaba las olas. El mago tenía una linterna, que encendía y sostenía con el dedo a través del anillo; y los dos se sentaron en la popa y fumaron cigarros, de los que Kalamake tenía siempre una provisión, y hablaron como amigos de la magia y de las grandes sumas de dinero que podían ganar con su ejercicio, y de lo que debían comprar primero y lo que después; y Kalamake hablaba como un padre.

Luego miró a su alrededor, y por encima de él a las estrellas, y hacia atrás a la isla, que ya estaba hundida en tres partes bajo el mar, y pareció considerar maduramente su posición.

"¡Mira!", dijo, "ahí está Molokai ya muy atrás, y Maui como una nube; y por la orientación de estas tres estrellas sé que he llegado a donde deseo. Esta parte del mar se llama el Mar de los Muertos. Es en este lugar extraordinariamente profundo, y el suelo está todo cubierto de huesos de hombres, y en los agujeros de esta parte los dioses y los duendes mantienen su morada. La corriente del mar está al norte, más fuerte de lo que puede nadar un tiburón, y cualquier hombre que aquí sea arrojado de un barco, éste lo arrastra como un caballo salvaje al océano más lejano. Al poco tiempo, se agota y se hunde, y sus huesos se esparcen con el resto, y los dioses devoran su espíritu".

El miedo se apoderó de Keola al oír estas palabras, y miró, y a la luz de las estrellas y de la linterna, el hechicero pareció cambiar.

"¿Qué te aflige?", gritó Keola, rápido y agudo.

"No soy yo quien está enfermo", dijo el hechicero; "pero hay alguien aquí muy enfermo".

Con esto, cambió el agarre de la linterna, y, ¡he aquí! al sacar el dedo del anillo, el dedo se atascó y el anillo se reventó, y su mano creció hasta ser del tamaño de tres.

Al ver esto, Keola gritó y se cubrió la cara.

Pero Kalamake levantó la linterna. "¡Mira más bien mi cara!", dijo, y su cabeza era enorme como un barril; y seguía creciendo y creciendo como crece una nube en una montaña, y Keola se sentaba ante él gritando, y el barco corría por los grandes mares.

"Y ahora", dijo el mago, "¿qué te parece esa concertina? y ¿estás seguro de que no preferirías una flauta? ¿No?", dijo; "está bien, pues no me gusta que mi familia sea cambiante de propósito. Pero empiezo a pensar que será mejor que salga de esta mísera embarcación, pues mi volumen se hincha de forma inusual, y si no tenemos más cuidado, pronto se hundirá".

Con esto, lanzó sus piernas por la borda. Mientras lo hacía, la grandeza del hombre se multiplicó por treinta y cuarenta como la vista o el pensamiento, de modo que se puso de pie en las profundidades del mar hasta las axilas, y su cabeza y hombros se alzaron como un alto islote, y el oleaje golpeó y reventó sobre su pecho, como golpea y rompe contra un acantilado. La barca seguía corriendo hacia el norte, pero él alargó la mano y cogió la borda por el dedo y el pulgar, y rompió el costado como una galleta, y Keola se derramó en el mar. Y los pedazos de la barca el brujo los aplastó en el hueco de su mano y los arrojó a kilómetros de distancia en la noche.

"Perdonad que coja la linterna", dijo; "porque tengo una larga vaguada por delante, y la tierra está lejos, y el fondo del mar es irregular, y siento los huesos bajo los dedos de los pies".

Y se dio la vuelta y se alejó caminando a grandes zancadas; y tantas veces como Keola se hundía en la depresión, ya no podía verlo; pero tantas veces como se le hacía subir a la cresta, allí estaba él dando zancadas y menguando, y sostenía la lámpara en lo alto de la cabeza, y las olas rompían blancas a su alrededor a medida que avanzaba.

Desde que se sacaron las islas del mar, nunca hubo un hombre tan aterrado como este Keola. Nadaba, en efecto, pero nadaba como nadan los cachorros cuando se les echa al agua, sin saber por qué. No podía más que pensar en la enormidad de la hinchazón del hechicero, en aquel rostro grande como una montaña, en aquellos hombros anchos como una isla, y en los mares que los golpeaban en vano. Pensó también en la concertina, y la vergüenza se apoderó de él; y en los huesos de los muertos, y el miedo lo estremeció.



"ALLÍ IBA A GRANDES ZANCADAS Y MENGUANDO, Y SOSTENÍA LA LÁMPARA EN ALTO SOBRE SU CABEZA, Y LAS OLAS ROMPIÁN BLANCAS A SU ALREDEDOR MIENTRAS AVANZABA".

De repente fue consciente de algo oscuro contra las estrellas que se agitaban, y una luz abajo, y un brillo del mar hendido; y oyó hablar a los hombres. Gritó en voz alta y una voz le respondió; y en un abrir y cerrar de ojos la proa de un barco colgaba por encima de él sobre una ola, como una cosa en equilibrio, y se abalanzaba sobre él. Se agarró con sus dos manos a las cadenas del barco, y al momento siguiente estaba enterrado en el mar embravecido, y al siguiente era arrastrado a bordo por los marineros.

Le dieron ginebra y galletas y ropa seca, y le preguntaron cómo había llegado a donde lo encontraron, y si la luz que habían visto era el faro, Lae o Ka Laau. Pero Keola sabía que los hombres blancos son como niños y sólo creen sus propias historias; así que sobre sí mismo les dijo lo que quiso, y

en cuanto a la luz (que era la linterna de Kalamake) juró que no había visto ninguna.

El barco era una goleta que se dirigía a Honolulu, para luego comerciar en las islas bajas; y, por una gran casualidad para Keola, había perdido a un hombre en el bauprés durante una borrasca. Era inútil hablar. Keola no podía quedarse en las Ocho Islas. Las noticias van tan rápido, y todos los hombres son tan aficionados a hablar y llevar noticias, que si se escondía en el extremo norte de Kauai o en el extremo sur de Kaii, el mago se enteraría antes de un mes, y tendría que perecer. Así que hizo lo que le pareció más prudente, y embarcó al marinero en el lugar del hombre que se había ahogado.

En cierto modo, el barco era un buen lugar. La comida era extraordinariamente rica y abundante, con galletas y carne salada todos los días, y sopa de guisantes y pudines de harina y sebo dos veces por semana, de modo que Keola engordó. El capitán también era un buen hombre, y la tripulación no era peor que otros blancos. El problema era el oficial, que era el hombre más difícil de complacer que Keola había conocido, y lo golpeaba y maldecía a diario, tanto por lo que hacía como por lo que no. Los golpes que le propinaba eran muy certeros, pues era fuerte; y las palabras que utilizaba eran muy desagradables, pues Keola procedía de una buena familia y estaba acostumbrado al respeto. Y lo peor de todo era que cada vez que Keola encontraba una oportunidad para dormir, allí estaba el compañero despierto y lo agitaba con la punta de la cuerda. Keola vio que nunca lo lograría, y se decidió a huir.

Estaban a un mes de Honolulu cuando llegaron a tierra. Era una bonita noche estrellada, el mar era suave y el cielo hermoso; soplaba un alisio constante; y allí estaba la isla en su proa meteorológica, una cinta de palmeras que se extendía plana a lo largo del mar. El capitán y el oficial la miraron con el cristal nocturno, y nombraron su nombre, y hablaron de ella, al lado del timón donde Keola dirigía el barco. Parecía ser una isla a la que no llegaban los comerciantes. Según el capitán, era además una isla donde no habitaba ningún hombre; pero el oficial pensaba lo contrario.

"No doy un céntimo por el directorio", dijo. "He pasado por aquí una noche en la goleta Eugenie: era una noche como ésta; estaban pescando con antorchas, y la playa estaba llena de luces como una ciudad".

"Bueno, bueno", dice el capitán, "es escarpado, ese es el gran punto; y no hay ningún peligro periférico según la carta, así que lo abrazaremos por el lado de sotavento. Mantén la rampa llena, te lo digo yo", le gritó a Keola, que escuchaba con tanta atención que se olvidó de gobernar.

El oficial lo maldijo, y juró que Kanaka no servía para nada en el mundo, y que si se ponía a perseguirlo con un pasador, sería un día frío para Keola.

Así que el capitán y el oficial se acostaron juntos en la casa, y Keola se quedó solo.

"Esta isla me vendrá muy bien", pensó; "si no hay comerciantes allí, el compañero nunca vendrá. Y en cuanto a Kalamake, no es posible que pueda llegar hasta aquí".

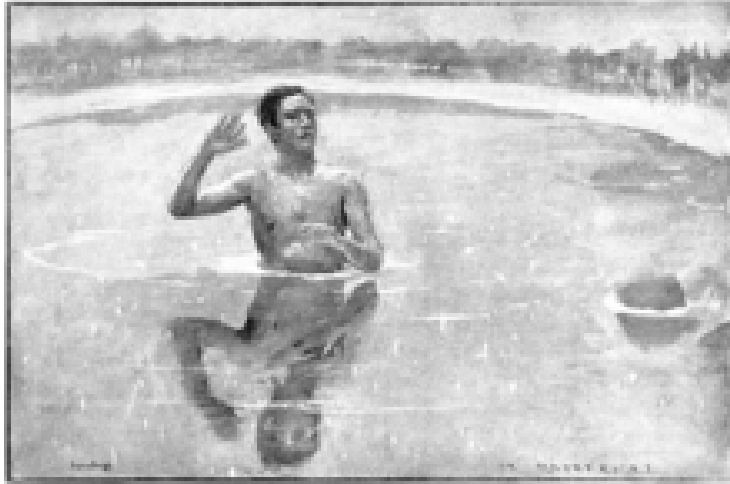
Con esto, siguió acercando la goleta. Tenía que hacerlo en silencio, pues el problema con estos hombres blancos, y sobre todo con el oficial, era que nunca se podía estar seguro de ellos; todos dormían profundamente, o fingían, y si una vela se agitaba, se ponían en pie de un salto y te caían encima con la punta de la cuerda. Así pues, Keola se fue acercando poco a poco, y mantuvo todo el dibujo. Y al poco tiempo la tierra estaba cerca a bordo, y el sonido del mar a los lados se hizo más fuerte.

Con eso, el compañero se sentó de repente sobre la casa.

"¿Qué estáis haciendo?", rugió. "¡Tendrás el barco en tierra!"

Y dio un salto hacia Keola, y Keola dio otro salto limpio sobre la barandilla y se hundió en el mar estrellado. Cuando volvió a subir, la goleta había tomado su rumbo verdadero, y el oficial estaba junto al timón, y Keola le oyó maldecir. El mar era suave a sotavento de la isla; además, hacía calor, y Keola tenía su cuchillo de marinero, por lo que no temía a los tiburones. Un poco antes de él, los árboles se detuvieron; había una ruptura en la línea de

la tierra como la boca de un puerto; y la marea, que en ese momento estaba fluyendo, lo tomó y lo llevó a través. Un minuto estaba fuera, y al siguiente dentro, había flotado allí en una amplia agua poco profunda, brillante con diez mil estrellas,



"EN UNA AMPLIA AGUA POCO PROFUNDA, BRILLANTE CON DIEZ MIL ESTRELLAS, Y A SU ALREDEDOR ESTABA EL ANILLO DE LA TIERRA CON SU CORDÓN DE PALMERAS".

y a su alrededor estaba el anillo de la tierra, con su cordón de palmeras. Y se quedó asombrado, porque se trataba de un tipo de isla del que nunca había oído hablar.

El tiempo de Keola en aquel lugar se dividió en dos periodos: el periodo en que estuvo solo y el periodo en que estuvo allí con la tribu. Al principio buscó por todas partes y no encontró a nadie; sólo algunas casas en pie en un caserío, y las marcas de los incendios. Pero las cenizas de los fuegos estaban frías y las lluvias las habían arrastrado; y los vientos habían soplado, y algunas de las cabañas estaban derribadas. Fue aquí donde tomó su morada; e hizo un taladro de fuego, y un anzuelo de concha, y pescó y cocinó su pescado, y trepó tras los cocoteros verdes, cuyo jugo bebió, pues en toda la isla no había agua. Los días eran largos para él, y las noches aterradoras. Hizo una lámpara de cáscara de cacao, sacó el aceite de las nueces maduras

e hizo una mecha de fibra; y cuando llegó la noche cerró su cabaña, encendió su lámpara y se acostó y tembló hasta la mañana. Muchas veces pensó en su corazón que habría estado mejor en el fondo del mar, y que sus huesos rodarían allí con los demás.

Todo este tiempo se mantuvo en el interior de la isla, pues las cabañas estaban en la orilla de la laguna, y era allí donde crecían mejor las palmeras, y la propia laguna abundaba en buenos peces. Y al lado exterior fue una sola vez, y miró una sola vez la playa del océano, y se alejó temblando. Porque su aspecto, con su arena brillante, sus conchas esparcidas, su fuerte sol y su oleaje, iba en contra de su inclinación.

"No puede ser", pensó, "y sin embargo es muy parecido. ¿Y cómo lo sé? Estos hombres blancos, aunque pretenden saber por dónde navegan, deben arriesgarse como los demás. Así que, después de todo, puede que hayamos navegado en círculo, y que yo esté muy cerca de Molokai, y que ésta sea la misma playa donde mi suegro recoge sus dólares."

Así que después de eso fue prudente, y se mantuvo en el lado de tierra.

Pasó tal vez un mes, cuando llegó la gente del lugar: el relleno de seis grandes barcos. Eran una buena raza de hombres, y hablaban una lengua que sonaba muy diferente de la lengua de Hawai, pero muchas de las palabras eran las mismas que no era difícil de entender. Además, los hombres eran muy corteses, y las mujeres, muy amables; y acogieron a Keola, le construyeron una casa y le dieron una esposa; y lo que más le sorprendió fue que nunca le enviaron a trabajar con los jóvenes.

Y ahora Keola tuvo tres períodos. Primero tuvo un período en el que estuvo muy triste, y luego un período en el que estuvo bastante alegre. Por último llegó el tercero, en el que fue el hombre más aterrorizado de los cuatro océanos.

La causa del primer período fue la chica que tenía como esposa. Tenía dudas sobre la isla, y podía tenerlas sobre el discurso, del que había oído tan poco cuando llegó allí con el mago en la estera. Pero sobre su esposa no había error concebible, pues era la misma muchacha que huyó de él llorando

en el bosque. Así que había navegado hasta aquí, y bien podría haberse quedado en Molokai; y había dejado su casa y su esposa y todos sus amigos sin otra causa que la de escapar de su enemigo, y el lugar al que había llegado era el coto de caza de aquel mago, y el lugar donde caminaba invisible. Fue en este período cuando se mantuvo más cerca de la orilla de la laguna, y en la medida en que se atrevió, habitó al amparo de su cabaña.

La causa del segundo período fueron las conversaciones que escuchó de su esposa y de los jefes de la isla. El propio Keola hablaba poco. Nunca estuvo tan seguro de sus nuevos amigos, pues juzgaba que eran demasiado civilizados para ser sanos, y desde que se había familiarizado mejor con su suegro el hombre se había vuelto más cauteloso. Así que no les contó nada de sí mismo, sino sólo su nombre y su ascendencia, y que procedía de las Ocho Islas, y que eran unas islas estupendas; y sobre el palacio del rey en Honolulu, y cómo era un amigo principal del rey y de los misioneros. Pero hizo muchas preguntas y aprendió mucho. La isla en la que se encontraba se llamaba Isla de las Voces; pertenecía a la tribu, pero tenían su hogar en otra, a tres horas de navegación hacia el sur. Allí vivían y tenían sus casas permanentes, y era una isla rica, donde había huevos y gallinas y cerdos, y los barcos llegaban comerciando con ron y tabaco. Allí había ido la goleta después de que Keola desertara; allí también había muerto el oficial, como el tonto de un hombre blanco que era. Al parecer, cuando el barco llegó, era el comienzo de la temporada de enfermedades en esa isla, cuando los peces de la laguna son venenosos, y todos los que comen de ellos se hinchan y mueren. Se lo contaron al patrón, que vio cómo se preparaban los barcos, porque en esa época la gente deja esa isla y navega hacia la Isla de las Voces; pero él era un blanco tonto, que no creía más historias que las suyas, y cogió uno de esos peces, lo cocinó y se lo comió, y se hinchó y murió, lo que fue una buena noticia para Keola. En cuanto a la Isla de las Voces, permanecía solitaria la mayor parte del año; sólo de vez en cuando llegaba la tripulación de un barco en busca de copra, y en la mala temporada, cuando los peces de la isla principal eran venenosos, la tribu habitaba allí en masa. Su nombre provenía de una maravilla, pues parecía que toda la orilla del mar estaba plagada de demonios invisibles; día y noche se les oía hablar unos a otros en lenguas extrañas; día y noche ardían y se apagaban pequeños fuegos en la playa; y nadie podía concebir cuál era la causa de estos hechos. Keola les preguntó si ocurría lo mismo en su propia isla, donde se encontra-

ban, y le dijeron que no, que no ocurría allí, ni en ninguna otra de las cien islas que había a su alrededor en aquel mar, sino que era algo propio de la Isla de las Voces. Le dijeron también que esos fuegos y voces estaban siempre en la orilla del mar y en los márgenes del bosque, y que un hombre podía vivir dos mil años junto a la laguna (si podía vivir tanto tiempo) y nunca ser molestado; e incluso en la orilla del mar los demonios no hacían ningún daño si se les dejaba. Sólo una vez un jefe había lanzado una lanza a una de las voces, y esa misma noche se cayó de un cocotero y murió.

Keola pensó un buen rato consigo mismo. Vio que estaría bien cuando la tribu regresara a la isla principal, y que estaba bien donde estaba, si se mantenía junto a la laguna, pero tenía la intención de hacer las cosas mejor si podía. Así que le dijo al alto jefe que una vez había estado en una isla que era molestada de la misma manera, y que la gente había encontrado un medio para curar ese problema.

"Había un árbol que crecía en los arbustos", dijo, "y parece que esos demonios venían a coger sus hojas. Así que la gente de la isla cortó el árbol dondequiera que se encontrara, y los demonios no vinieron más".

Le preguntaron de qué tipo de árbol se trataba, y les mostró el árbol del que Kalamake quemaba las hojas. Les costó creerlo, pero la idea les hizo cosquillas. Noche tras noche, los ancianos lo debatieron en sus consejos, pero el alto jefe (aunque era un hombre valiente) tenía miedo del asunto, y les recordaba a diario al jefe que arrojó una lanza contra las voces y fue asesinado, y el pensamiento de eso hizo que todos se paralizaran de nuevo.

Aunque todavía no pudo conseguir la destrucción de los árboles, Keola estaba bastante satisfecho, y empezó a mirar a su alrededor y a disfrutar de sus días; y, entre otras cosas, fue más amable con su mujer, de modo que la muchacha empezó a quererle mucho. Un día llegó a la cabaña, y ella estaba tendida en el suelo lamentándose.

"¿Por qué?", dijo Keola, "¿qué te pasa ahora?".

Ella declaró que no era nada.

Esa misma noche le despertó. La lámpara ardía muy poco, pero él vio por su cara que estaba apenada.

"Keola", le dijo, "acerca tu oído a mi boca para que pueda susurrar, pues nadie debe oírnos. Dos días antes de que empiecen a prepararse los barcos, vete al lado del mar de la isla y acuéstate en un matorral. Elegiremos ese lugar de antemano, tú y yo; y esconderemos comida; y cada noche me acercaré por allí cantando. Así, cuando llegue la noche y no me oigas, sabrás que hemos salido limpiamente de la isla, y podrás volver a salir con seguridad".

El alma de Keola murió dentro de él.

"¿Qué es esto?", gritó. "No puedo vivir entre demonios. No me quedaré atrás en esta isla. Me muero por dejarla".

"Nunca la dejarás con vida, mi pobre Keola", dijo la muchacha; "porque, a decir verdad, mi pueblo es devorador de hombres; pero esto lo mantienen en secreto. Y la razón por la que te matarán antes de que nos vayamos es porque en nuestra isla vienen barcos, y Donat-Kimaran viene y habla para los franceses, y allí hay un comerciante blanco en una casa con veranda, y un catequista. ¡Oh, es un lugar muy bonito! El comerciante tiene barriles llenos de harina; y una vez llegó un barco de guerra francés a la laguna y les dio a todos vino y galletas. Ah, mi pobre Keola, ojalá pudiera llevarte allí, pues es grande mi amor por ti, y es el mejor lugar de los mares, excepto Papeete".

Así que ahora Keola era el hombre más aterrorizado de los cuatro océanos. Había oído hablar de comedores de hombres en las islas del sur, y eso siempre le había dado miedo; y aquí estaba llamando a su puerta. Además, había oído hablar a los viajeros de sus prácticas, y de cómo, cuando tienen la intención de comerse a un hombre, lo cuidan y acarician como una madre con su bebé favorito. Y vio que ése debía ser su propio caso; y por eso lo habían alojado, alimentado, desahuciado y liberado de todo trabajo; y por eso los ancianos y los jefes discutían con él como si fuera una persona de peso. Así que se tumbó en su cama y se lamentó de su destino; y la carne se le cuajó en los huesos.

Al día siguiente la gente de la tribu se mostró muy civilizada, como era su costumbre. Eran elegantes oradores, y hacían bellas poesías, y bromeaban en las comidas, de modo que un misionero debió morir de risa. A Keola le importaban muy poco sus bellas maneras; todo lo que veía eran los blancos dientes que brillaban en sus bocas, y su garganta se elevaba al verlos; y cuando terminaban de comer, se iba y se echaba en el monte como un muerto.

Al día siguiente ocurrió lo mismo, y entonces su mujer le siguió.

"Keola", le dijo, "si no comes, te digo claramente que mañana te matarán y te cocinarán. Algunos de los viejos jefes ya están murmurando. Creen que has caído enfermo y que debes perder carne".

Con eso Keola se puso en pie, y la ira ardía en él.

"Poco me importa una cosa u otra", dijo. "Estoy entre el diablo y el mar profundo. Ya que debo morir, que sea de la manera más rápida; y ya que debo ser devorado en el mejor de los casos, prefiero ser devorado por los hobgoblins que por los hombres. Adiós -dijo, y la dejó en pie, y se dirigió a la orilla del mar de aquella isla.

Todo estaba desnudo bajo el fuerte sol; no había señales de hombres, sólo la playa estaba pisada, y a su alrededor, mientras avanzaba, las voces hablaban y susurraban, y los pequeños fuegos brotaban y ardían. Allí se hablaban todas las lenguas de la tierra: el francés, el holandés, el ruso, el tamil, el chino. Cualquiera que fuera la tierra que conociera la brujería, allí estaban algunas de sus gentes susurrando al oído de Keola. Aquella playa era tan espesa como una feria de llantos, pero no se veía a ningún hombre; y mientras caminaba, veía que las conchas se desvanecían ante él, y que ningún hombre las recogía. Creo que el diablo habría tenido miedo de estar solo en semejante compañía; pero Keola ya no tenía miedo y cortejaba a la muerte. Cuando surgieron los fuegos, se lanzó a por ellos como un toro. Voces sin

cuerpo le llamaron de un lado a otro; manos invisibles vertieron arena sobre las llamas, y éstas desaparecieron de la playa antes de que él las alcanzara.

"Está claro que Kalamake no está aquí", pensó, "ya que deben haberme matado hace tiempo".

"Con esto se sentó en el margen del bosque, pues estaba cansado, y apoyó la barbilla en las manos. El asunto ante sus ojos continuaba; la playa balbuceaba con voces, y los fuegos surgían y se hundían, y las conchas se desvanecían y volvían a renovarse incluso mientras él miraba.

"Fue un día cualquiera cuando estuve aquí antes", pensó, "porque no era nada comparado con esto".

Y su cabeza se mareaba al pensar en estos millones y millones de dólares, y en todos estos cientos y cientos de personas que los recogían en la playa y volaban en el aire más alto y más rápido que las águilas.

"Y pensar en cómo me han engañado con su charla sobre las cecas", dijo, "y que el dinero se fabricaba allí, cuando está claro que toda la moneda nueva de todo el mundo se reúne en estas



"CUANDO LOS FUEGOS BROTARON, EMBISTIÓ POR ELLOS
COMO UN TORO".

¡arenas! Pero la próxima vez lo sabré mejor", dijo.

Y por fin, no sabía muy bien cómo ni cuándo, el sueño cayó sobre Keola,
y olvidó la isla y todas sus penas.

Al día siguiente, temprano, antes de que saliera el sol, lo despertó un bu-
llicio. Se despertó asustado, pues pensó que la tribu lo había sorprendido

durmiendo la siesta; pero no fue así. Sólo que, en la playa frente a él, las voces sin cuerpo se llamaban y gritaban unas a otras, y parecía que todas pasaban y se arrastraban junto a él por la costa de la isla.

"¿Qué pasa ahora?", pensó Keola. Y le resultaba evidente que era algo fuera de lo común, pues no se encendían las hogueras ni se tomaban las conchas, sino que las voces sin cuerpo seguían avanzando por la playa, llamando y alejándose; y otras les seguían, y por el sonido de ellas estos magos debían estar enfadados.

"No es contra mí contra quien están enfadados", pensó Keola, "pues pasan cerca de mí".

Como cuando pasan los sabuesos, o los caballos en una carrera, o la gente de la ciudad corriendo hacia un fuego, y todos los hombres se unen y siguen, así era ahora con Keola; y no sabía lo que hacía, ni por qué lo hacía, pero allí, he aquí que estaba corriendo con las voces.

Así que giró un punto de la isla, y esto le llevó a la vista de un segundo; y allí recordó que los árboles de los magos crecían por decenas juntos en un bosque. De este punto surgió una algarabía de hombres que no se puede describir; y por el sonido de ellos, los que corrían con él tomaron el rumbo hacia el mismo barrio. Un poco más cerca, y comenzó a mezclarse con el grito el choque de muchas hachas. Y al ver esto, le vino a la mente la idea de que el alto jefe había consentido; que los hombres de la tribu se habían puesto a talar esos árboles; que se había corrido la voz de brujo en brujo por toda la isla, y que todos ellos se estaban reuniendo para defender sus árboles. El deseo de cosas extrañas lo impulsó a seguir adelante. Siguió las voces, cruzó la playa, llegó a los límites del bosque y se quedó asombrado. Un árbol había caído, otros estaban parcialmente cortados. Allí estaba la tribu agrupada. Estaban espalda con espalda, y los cuerpos yacían, y la sangre fluía entre sus pies. El miedo se reflejaba en sus rostros; sus voces se elevaban al cielo como el grito de una comadreja.

¿Has visto a un niño cuando está solo y tiene una espada de madera, y lucha, saltando y cortando con el aire vacío? Así, los devoradores de hombres se acurrucaron espalda con espalda, y levantaron



"LLEGARON A LOS LÍMITES DEL BOSQUE Y SE QUEDARON ASOMBRADOS".

Sólo aquí y allá Keola vio un hacha que se balanceaba contra ellos sin manos; y una y otra vez un hombre de la tribu caía ante ella, partiéndose en dos o en pedazos, y su alma aullaba.

Durante un tiempo, Keola contempló este prodigio como quien sueña, y luego el miedo lo tomó por el medio, tan agudo como la muerte, para contemplar tales hechos. En ese mismo instante, el alto jefe del clan lo vio de pie, y señaló y gritó su nombre. Entonces toda la tribu lo vio también, y sus ojos relampaguearon, y sus dientes chocaron.

"He estado demasiado tiempo aquí", pensó Keola, y corrió más allá del bosque y hacia la playa, sin importarle hacia dónde.

"¡Keola!", dijo una voz cercana sobre la arena vacía.

"¡Lehua! ¿Eres tú?", gritó, y jadeó, y miró en vano para buscarla; pero a la vista estaba solo.

"Te vi pasar antes", respondió la voz; "pero no quisiste oírme. Rápido, coge las hojas y las hierbas y déjanos libres".

"¿Estás ahí con la estera?", preguntó.

"Aquí, a tu lado", dijo ella. Y él sintió sus brazos alrededor de él. "¡Rápido! ¡Las hojas y las hierbas, antes de que mi padre pueda volver!"

Así que Keola corrió por su vida, y buscó el combustible del mago; y Leahua lo guió de vuelta, y puso sus pies sobre la estera, e hizo el fuego. Mientras ardía, el sonido de la batalla sobresalía del bosque; los magos y los devoradores de hombres luchaban con fuerza; los magos, los que no tenían vista, rugían en voz alta como toros en una montaña, y los hombres de la tribu respondían de forma estridente y salvaje por el terror de sus almas. Y durante todo el tiempo que duró la quema, Keola permaneció de pie, escuchando y temblando, y observando cómo las manos invisibles de Leahua vertían las hojas. Las vertía rápidamente, y la llama ardía en lo alto, y abrasaba las manos de Keola; y ella aceleraba y soplaba la quema con su aliento. Se comió la última hoja, la llama cayó, y la conmoción siguió, y allí estaban Keola y Leahua en la habitación de su casa.

Cuando Keola pudo ver por fin a su esposa se sintió muy satisfecho, y se alegró mucho de estar de nuevo en casa, en Molokai, y de sentarse junto a un cuenco de poi -pues no hacen poi a bordo de los barcos, y no había ninguno en la Isla de las Voces-, y estaba fuera del cuerpo de placer por haberse librado de las manos de los comedores de hombres. Pero había otro asunto



"Y EL MISIONERO FUE MUY DURO CON ÉL POR TOMAR LA SEGUNDA ESPOSA EN LA ISLA BAJA".

no tan claro, y Lehua y Keola hablaron de ello toda la noche y se preocuparon. Quedaba Kalamake en la isla. Si, por la bendición de Dios, pudiera quedarse allí, todo estaría bien; pero si escapara y volviera a Molokai, sería un mal día para su hija y su marido. Hablaron de su don de hincharse, y de si podría vadear esa distancia en los mares. Pero Keola ya sabía dónde estaba esa isla, es decir, en el Archipiélago Bajo o Peligroso. Así que cogieron el atlas y miraron la distancia en el mapa, y por lo que pudieron deducir, les pareció un camino muy largo para que lo recorriera un viejo caballero. Sin embargo, no era conveniente asegurarse demasiado de un hechicero como Kalamake, y decidieron finalmente pedir consejo a un misionero blanco.

Así que el primero que pasó por Keola le contó todo. Y el misionero fue muy severo con él por haber tomado la segunda esposa en la isla baja; pero por todo lo demás, juró que no podía hacer ni pies ni cabeza.

"Sin embargo -dijo-, si crees que este dinero de tu padre está mal habido, mi consejo sería que dieras una parte a los leprosos y otra al fondo misione-

ro. Y en cuanto a este extraordinario galimatías, no podéis hacer nada mejor que guardarlo para vosotros".

Pero advirtió a la policía de Honolulu que, por lo que había podido averiguar, Kalamake y Keola habían estado acuñando dinero falso, y que no estaría de más vigilarlos.

Keola y Lehua siguieron su consejo y dieron muchos dólares a los leprosos y al fondo. Y sin duda el consejo debió ser bueno, porque desde ese día hasta hoy, nunca más se ha sabido de Kalamake. Pero quién sabe si murió en la batalla junto a los árboles, o si todavía está pateando sus talones en la Isla de las Voces.

1. Capítulo 1